

# Pablo Neruda a 110 años





## ¡Feliz Cumpleaños Pablo!

**F**eliz cumpleaños, Pablo, hoy América entera tiene un buen motivo para alzar su cuello iluminado y cantar agradecida a la vida por tu venida al mundo. Es doce de julio; a cien años de distancia quedó Parral con sus australes grises de invierno, misterioso testigo de tus primeros gritos disparados al húmedo techo, a las paredes perfumadas de la case humilde de tus padres, en medio de las sombras proyectadas por las lámparas de aceite y la incansable llama danzarina del fogón humeante, en tanto afuera los perros ahuyentaban a ladridos cualquier demonio que pretendiera acercar su abyección a tu fragilidad fugitiva.

Cuantas cosas pasaron desde aquella ya lejana fecha. Al *Hondero entusiasta* le estaba prohibido sentir en su cuerpo eternamente aquellos fríos, aquella niebla, aquellas lluvias, andar entre aquellos troncos que, caídos, agonizaban en lo espeso de la selva; no serían más para él aquellos charcos amarillos, ni los rastrojos, ni los polvorientos veranos arrastrando sus cansadas carretas cargadas de mieses por los somnolientos caminos del sur, tampoco los zapatos siempre lustrosos de tanta agua recogida. Los rieles otorgados a su barbudo padre y a su infancia, fueron tan solo un pretexto de la estelar sabiduría, para acercar a su corazón sensible

a Mr. North y el problema salitrero desde el norte de su Chile amado, para clavar también en su pecho el venenoso dardo que escupe con fuerza inusitada la babeante herida del cobre chileno, el dolor de sus derripiadores, gimiente, sepultado y sin salida, prurito horrendo fraguado en aquellos socavones, escarbados entre sudores sanguinolentos a las entrañas más profundas de la tierra. Esos rieles te llevarían a Santiago, y allí, ante tus manos asombradas, comenzará a girar en tu conciencia, a más de Chile, aquel inmenso remolino enloquecido de la gran patria, la América, su maravilloso, multitudinario y caprichoso surco de montañas, sus océanos de vegetaciones, minerales, llanuras, mares y conflictos, sus frondosos racimos de fronteras, aves, guerras y, muy especialmente, de hombres desperdigados coma hormigas por doquier, sobre los lomos, praderas y hasta en los más minúsculos intersticios de esa geografía interminable que posee la inmensa isla nuestra: los menos orgullosos y felices, los más macerados y serviles. Y con este cargamento que los caprichos divinos cuidadosamente acomodaran en tu valija, una vez más saliste por los rieles a los puertos, y desde ellos, al mundo por los mares. Rangoon sintió todo el peso de tus pasos, la India llenó tu olfato de perfumes y excreciones, pasaste

por Madras y Khandy, por Penang y Saigón, y en Batavia tuviste ojos para diez bailarinas que intentaban con sus mágicos vaivenes, aliviar las salvajes ingestiones que hervían en la panza del sátrapa de turno.

Pasmado ante la envergadura del cosmos, ante el opulento bocado puesto a tus pies por los dioses, desde muy chico indagaste en tí mismo qué podrías dar a cambio. Maravillado hallaste entonces que la hermosa luz de la palabra te había sido donada con la más generosa displicencia y te propusiste imponerla al servicio de tu patria, de tu continente, de la tierra entera, y muy por sobre todo, de la gente más humilde, de aquellos que no podían hilvanar en su cerebro, y menos aún en su boca, el preciso discurso que hiciese temblar las infames estructuras que imponen quienes mansalvan y esclavizan.

Tu verso fulgurante, indestructible, desde aquel lejano descubrimiento, fue por todos los rincones de la tierra cantando la traviesa hermosura de la América mestiza, destilando hasta en los sesos mas obstinadamente angostos, las selectas mieles que arrastran en sus lechos nuestros amados Bio Bio, Orinoco, Wilkamayu o Amazonas; tu verso ha esparcido sobre el planeta el polen de la araucaria, los alerces, el caoba, los robles, el sauce, y los árboles de caucho; las voces del jaguar, los cardenales, la anaconda, los albatroses y flamings, las iguanas y guanacos,

el cóndor y los pumas; la paz que tienen las campanas salobres de nuestros océanos, la desgarrada llanura y las alturas infinitas del Ande, coronadas con vestigios de sabidurías tan antiguas como el pan de maíz, la arquitectura antisismos o el simple guacamole.

Pero tu canto es mucho más. Humedecido en la inmensidad de tanto sollozo regado por doquier en nuestra isla, templado en el inmenso aguachirle de dolor de nuestros antiguos pueblos derrotados, en la sangre aún fresca de Motecuhzoma, de Atahualpa, de Nutibara, de Cuauhtémoc, de Tupac Amaru, de Caupolicán y de Lautaro, de tanto Zipa, Capac, Toqui y Cacique vulgar e inútilmente asesinado, tu verso es espada cierta, invencible y eterna, rayo fulminante que en certeros tajos contribuye a apartar de nuestra historia la telaraña inaudita de engaños y mentiras tejida a sopapos por los verdugos de Amerindia y sus secuaces. En el merecido estiércol has lavado los nombres de tanto asesino, de tanto ladrón, de tanto explotador, de tanto tirano, de tanto mercachifle reverenciado por la leyenda, venerado por la ignorancia.

En tu verso, los colmillos infames del gran Nuñez de Balboa, ensartados junto con su cabeza en un enorme palo, salivarán maldiciones eternas contra su verdugo, el augusto fundador de Panamá, don Pedrerías Dávila. La codicia padre de Ximénez de Quesada

navegará una y otra vez a través del Magdalena hasta llegar a Iraka, en donde a su reptil estómago le espera la noble sangre de los Zipas y sus alhajas. En Panamá, el mayoral porcino Francisco Pizarro, el tuerto Diego de Almagro y el vicario de las tinieblas Hernando de Luque, hambrientos tragarán una y otra vez la asquerosa hostia que sirviera para sellar su bastardo pacto de muerte y destrucción sobre mi reino. En tu verso cada quien cargará el fardo de sus nombres, sus apellidos y los adjetivos que soberbio y justo les has donado: Hernán Cortés, rayo frío, corazón muerto en la armadura; Pedro de Alvarado, orfebre de la crueldad, halcón clandestino de la muerte; Pánfilo de Narváez, en una mano el cuchillo, en la otra la Virgen del Garrote; Fray Vicente Valverde, corazón traidor, chacal podrido; Pedro de Valdivia, buitres iracundo, ponzoñoso verdugo; Magallanes, barba llena de gusanos, hermano de agua y piojo; Villagras, Mendozas, Reinosos, Reyes, Morales, Aldaretos, todos hijos naturales del odio y los harapos.

Así, cuando en cualquier lugar los ojos curiosos del mundo repasan las hojas de tus libros, en la ignominia de sus actos se revolcará la maldita memoria del bufón de la muerte Juan Manuel Ortiz de Rosas, del chacal enguantado Gabriel García Moreno, del antiguo y benemérito enano Manuel Estrada Cabrera, de la rata espantada de la noche José Gaspar Rodríguez Francia, del mascarón del miedo Jorge Ubico, del paciente

murciélagos de sacristía Juan Vicente Gómez, del importador de tormentos Gerardo Machado, de la bestia borracha Mariano Melgarejo, del sapo de las ciénagas negras Eurico Gaspar Dutra, del almidón manchado Manuel Isidoro Belzú, de las máquinas hambrientas de dólares, los doctores honoris causa de la Columbia University Rafael Leonidas Trujillo, Tiburcio Carias Andino e Higinio Morinigo, del traidor de Chile Gabriel González Videla.

¿Cómo agradecer, Pablo, tu canto para Cuauhtémoc, mi hermano; para el joven Atahualpa y su vaso lleno de congojas, amargas como quinas; para Tupac Amaru, sabio señor y padre justo; para el toqui Caupolicán, los ojos implacables de la tierra; para Lautaro, relámpago en las tinieblas y vencedor del centauro; para el bonachón fraile de las Casas?. ¿Cómo, por ennoblecer una vez más la memoria de los Comunes del Socorro, de O'Higgins, San Martín, Mina, Miranda, Carrera, Manuel Rodríguez, Artigas, Hidalgo, Morelos, Páez, Castro de Alves, Toussaint L' Ouverture, Morazán, Juárez, Martí, Balmaceda, Zapata, Sandino, Prestes y Recabarren? ¿De tantos amigos y colegas tuyos, entre ellos Tomás Lago, Miguel Otero Silva, Rubén Azócar, Rafael Alberti, Juvencio Valle, José González Carbalho, Diego Muñoz, Silvestre Revueltas y Miguel Hernández?

Me baste sentir el brillo de tu alma al saber que, fiel a América y a tí, me convierto cada día en brisa fresca que

en Tocopilla mitiga los cansancios de Cristóbal Miranda, cuando con sus músculos poderosos empuja el salitre hacia los mares del planeta; que en Talcahuano, sumerjo mi savia en las olas, para hacer brotar la música que estampa a martillazos en las suelas el zapatero Olegario Sepúlveda; que una argamasa de rencor y furia me invade cuando en tus páginas puedo sufrir, una y otra vez, la agonía del pescador Antonino Bernales cayendo a tiros en la ribera de cualquier río colombiano, o presiento en la oscuridad del socavón, en la Sierra del Estañó de Oruro, los grillos que arrastra el minero José Cruz Achachalla.

¡Alegria, Pablo, son muchos los siglos de vida que te esperan! Tu canto vive ya en las raíces más inalcanzables y profundas de este sempiterno y amado continente; desde los glaciares del Ande - y mezclado con el sol - derrama gota a gota su sabiduría infinita sobre todos los pueblos del orbe, se esparce con el fulgor de los vientos por todos los rincones de la tierra, continua inspirando las banderas libertarias que hoy portamos otros hombres. Salud, Pablo, salud, y una vez más, ¡feliz cumpleaños!

Luis Alfredo Duarte Herrera